

MATTHEW GUTMANN

Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón

México, Colegio de México, 2000.

Anna M. Fernández Poncela

... la noción que apuesta por una identidad masculina mexicana uniforme y eterna carece totalmente de mérito. Lo que se necesita es un análisis revisionista que haga hincapié en la complicidad de la antropología en la creación de estereotipos como el del macho mexicano. Dar por cierta una forma de masculinidad mexicana o latinoamericana ubicua significa básicamente recurrir al arcaico marco de los rasgos de carácter nacional (p. 353).

Es alentadora la aparición de obras, en los últimos tiempos, con aire fresco y que invitan a la reflexión, sobrepasan la heterodoxia del discurso y creencias, incluso de los dictados de estudios anteriores. La hipótesis del pesimismo milenarista sucumbe y la imaginación a la hora de la investigación de Feyrabend encuentra adeptos.

A los textos de Helen Fisher, *El primer sexo*, y James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, ha seguido

el de Matthew C. Gutmann, *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón*. Así, a mi interés y trabajos en torno a las relaciones de género y a los que versan sobre cultura popular, ha proseguido este libro que aúna ambos aspectos, creo yo de manera magistral, y que de cierta manera contiene algunas de las directrices teóricas que guían las obras antes mencionadas pero aterrizándolas más en la práctica, además de aplicarlas a un contexto cercano a mí: la sociedad mexicana, años noventa, y en la colonia de al lado.

Recordé, por ejemplo, cómo un profesor de la Universidad de Barcelona, en sus clases de historia, repite de vez en cuando a su alumnado: “todavía existen las clases sociales”. Rememoré cómo los centroamericanos de varios países insisten en presentarse como potentes sexualmente y generosos procreadores de hijos. Evoqué cómo las primeras palabras de algunos mexicanos, tras percatarse de mi calidad de extranjera, era el vanagloriarse que “el machismo lo inventamos los mexica-

nos”, antes o después de los chistes contra gallegos. Y nunca olvidaré la vez que me perdí en Santo Domingo en un pesero y que me ofreció la oportunidad de presenciar una situación —una niña cantaba a su padre una canción en donde se maltrataba a la mujer merecidamente porque era mala— que inspiró mi libro ¡“*Pero vas a estar muy triste y así te vas a quedar!*”! *Construcción de género en la canción popular mexicana*, de próxima aparición.

Sin embargo, más allá de lo entrañable en lo afectivo, la terminología de mi juventud marxista, el empleo de la conceptualización gramsciana, y sobre todo, ese ir contracorriente, romper viejos mitos, enterrar desacertados estereotipos, abrir espacios, traer aire fresco, limpiar de telarañas los análisis sociales y desempolvar contradicciones reales, están los materiales que Gutmann nos ofrece para probar sus resultados. La información y datos, los testimonios y explicaciones en boca de los propios protagonistas, sumado esto a sus disquisiciones teóricas e interpretaciones empíricas, de gran

► 189

riqueza, agudeza y profundidad, son una excelente combinación.

Señala en su introducción: "Por lo menos, llegué finalmente a la conclusión de que muchas de las imágenes que los antropólogos han ido creando sobre los hombres mexicanos de la clase trabajadora están equivocadas y son dañinas. Por ejemplo, mientras que el 'hombre mexicano típico' era representado a menudo como un macho mujeriego y bebedor, esa imagen pasaba por alto, en gran medida, las actividades relacionadas con la paternidad en la vida de millones de hombres mexicanos. Resultaba obvio que era necesario hacer un nuevo análisis de la masculinidad y la modernidad en México" (p. 21). Y es que como señala ya en su último capítulo, "como actores sociales, los hombres y las mujeres tienen que lidiar con libretos y escenarios que no escogieron. Sin embargo, lo que hacen creativamente dentro de estas restricciones sociales y culturales, así como la originalidad con que representan sus papeles, no es algo predestinado. Hay espacio para maniobrar y este mismo espacio es el que ha ocupado sobre todo nuestra atención en este estudio: los padres alcohólicos que mecen a los bebés para que se duerman; las madres que les pegan a sus hijos; los niños que compiten con sus hermanas para ir por las tortillas; los hombres jóvenes que se drogan con cemento y procrean niños a los que nunca conocerán, y las madres y los padres que están decididos a no educar a sus hijos para ser machos mexicanos" (p. 349).

Como señala, siguiendo a Marx, las identidades son abstracciones pero determinadas históricamente, y como

él mismo añade más adelante, no sólo la cultura crea hombres y mujeres, sino que éstos a su vez crean a la primera. Por ello, parte de la intención de romper imágenes creadas, identidades asignadas para adentrarse en "qué significa ser hombre para los hombres y mujeres que viven en la colonia popular Santo Domingo de la Ciudad de México", puntualiza desde la primera frase del primer capítulo. Entiende la identidad masculina como lo que los hombres dicen y hacen para ser hombres, teniendo en cuenta también las perspectivas femeninas sobre el asunto, cuestión ésta muy importante.

Para ello se vale de concepciones tales como la creatividad y capacidad del cambio, el pluralismo de convicciones contradictorias y la diversidad intracultural. Y de conceptos claves en su obra: la conciencia contradictoria gramsciana entre el entendimiento, identidades y prácticas populares transformadoras y las dominantes, producto de la reproducción de la conciencia heredada. Unas y otras, es obvio que conviven, pero la identidad de género es un producto y manifestación de culturas en movimiento, de un proceso, por eso es cambiante. Y es que la brisa del cambio, cuando no la tempestad del mismo nunca dejan de sonar o rugir a lo largo de las páginas de este libro. Cambio en el enfoque, novedad en el estudio, diversidad en las teorías, y transformación en la aplicación de las técnicas de investigación, incluso en la presentación del redactado final y el estilo del lenguaje empleado en el mismo.

Queda claro que el machismo y el macho, su significado estereotipado, es

un lastre cultural y social del cual no se puede fácilmente uno desprender, en todo caso se ha de depositar en alguien, como los protagonistas de su estudio hacen: los sectores populares, los habitantes del campo, las generaciones anteriores. Eso sí, los que se toman en serio responder las preguntas sobre el tema, nunca son así. Los que no, se autoidentifican sin problemas, porque no van a romperle la imagen al gringo... Tal vez los hombres no son tan cariñosos con sus hijos ni tan cercanos a las tareas domésticas como algunos expresaron, pero como señala Gutmann, no hay engaños: "En lo referente a los quehaceres domésticos realizados por los hombres de Santo Domingo, en mis intentos por distinguir entre dichos y hechos, me enfrenté a menudo no sólo con el problema más directo de que los hombres no hacían todo lo que decían, sino con la enigmática cuestión de por qué los hombres (y con frecuencia las mujeres) procuraban convencerme de que ellos participaban más en las tareas que solían considerarse como femeninas, es decir, resultaba significativo analizar las palabras de mis amigos y no sólo tomarlas como contrapunto de sus acciones, pues incluso los hombres de Santo Domingo que participan relativamente poco en los asuntos domésticos, con frecuencia hacen comentarios acerca de lo mucho que están cambiando las cosas en cuanto a los quehaceres del hogar. Quizá porque le estaban explicando la situación a un estadounidense, muchos hombres describían los cambios en términos de "así solían ser las cosas en México para los hombres". Sus palabras dejaban claro que

vivir en la ciudad de México en la actualidad significa participar, en mayor o menor grado, y de buena gana o no, en los debates contemporáneos sobre temas que llevan implícitamente significados de género, como el quehacer doméstico” (p. 224).

En todo caso, la sinceridad del autor es inusual, y bien merece un aplauso: “En ocasiones, quizá, se comportaron como creían que un antropólogo esperaba que lo hicieran”, confiesa en una ocasión, porque ya está bien de dictar cátedra desde la ficticia posición elevada de la sapiencia académica objetiva y distante. También tiene la franqueza al mostrar su desagrado provocado por algunas situaciones donde se vio directamente involucrado, como cuando unos borrachos se instalaron una madrugada frente a su departamento, o cuando le presentaron a un grupo de hombres “machos” y ante sus comentarios que denigraban a las mujeres.

Otra cuestión loable es que cuando la realidad no se transforma, por lo menos hay que tener la perspicacia de profundizar más en las explicaciones existentes al respecto a veces tan simplistas, esencialistas y planas. “El incremento de la violencia doméstica de Santo Domingo no indica que los hombres hispanohablantes, en todo tiempo y lugar, tengan ciertas prácticas culturales que están muy arraigadas, sino más bien que en la actualidad las relaciones de género han experimentado un desarraigo cultural mediante un proceso sumamente conflictivo. Para muchos hombres ha sido muy difícil asimilar la independencia de las mujeres y algunos intentan evitar



Después de la boda, Jorge Acevedo

asumir la responsabilidad de sus acciones violentas culpando de sus arranques al ‘sistema machista mexicano’ (p. 312). Aunque el autor no lo menciona: para eso sirven los estereotipos, justifican y legitiman socialmente, en este caso las acciones de los hombres particulares contra las mujeres.

Otras cuestiones acertadas son el entretrejimiento del yo como narrador en primera persona, que si bien le reduce la apariencia de objetividad y demuestra cierta tendencia a la subjetividad a través del propio involucramiento, por otra parte, le genera mayor veracidad y realismo a sus exposiciones.

que llevó a tantas interpretaciones de clase, la foto de José Enríquez en el Centro Histórico que tantos comentarios disímiles y contradictorios produjo, etcétera. Eso sí, a veces la utilización de la ingenuidad gringa —me dijo, me contó— a la que él alude específicamente en una ocasión como estrategia de acercamiento y conocimiento del otro. Es el caso de cuando ve junto a unos amigos pasar un coche de boda, y bromean sobre el tema, puede ser un arma de doble filo, pues sus informantes le siguen el juego, y bien pudiera ser que, en más de una ocasión dijeran lo que él quería oír, o lo que ellos con-

‘manchado’ por mi investigación en la colonia, en el sentido de que mi propia comprensión de género, sexualidad y ser padre ha sido alterada por las percepciones e ilusiones de mucha gente en Santo Domingo” (p. 350), en ese viaje de ida y vuelta hacia el otro que es la antropología, o que debe ser, a modo de un juego de espejos, donde las descripciones densas y los guiños de Geertz se abren paso.

Machismo lo es todo y no es nada, como queda claro en estas páginas, es un fantasma que recorre el mundo: es tarjeta de presentación para algunos, autojustificación para otros, es broma



Gutmann deja claro al respecto: “Así, mi estilo de entrevistar era más el de una conversación informal que el de una inquisición. No sólo planteaba preguntas, sino que daba mi opinión” (p. 63), justifica el autor desde las primeras páginas. Y con gusto se permite el lujo de llevar y traer anécdotas de su vivencia en México, en distintos ámbitos y con diferentes sectores, todas ellas de contrapunto para profundizar su objeto de estudio: ser hombres en Santo Domingo. Como el académico del cóctel en San Jerónimo

sideraban que debían de decir. Pero en esto el antropólogo es consciente, es difícil evitar tales situaciones tan comunes en el ejercicio de investigación.

Lo que también es indudable, es que “mi presencia en Santo Domingo afectó, sin duda alguna, el modo en que algunos de mis amigos se sentían y se comportaban en relación con su función de hombres en la práctica de ser padres y en el trabajo doméstico, y quizás provoqué que se plantearan nuevas preguntas sobre la masculinidad en general. Yo también he quedado

en ocasiones, en otras reivindicación de identidad, pero en todo caso, si todavía se usa como concepto y se pronuncia como palabra, por alguna cosa será. Lo que hay que buscar y es la tarea principal tras leer esta magnífica obra es: cuál es su funcionalidad social actual, pues ya sabemos en antropología que lo que a veces juzgamos a la ligera de arcaísmos se refuncionalizan y están vivos en el discurso o en la práctica con algún objetivo concreto. Como señala el autor de este libro: “Los estereotipos sobre el

machismo constituyen los ingredientes críticos en el capital simbólico empleado por los mexicanos comunes y corrientes. Aun habiendo sido denigrado verbalmente por muchos, el machismo es considerado en México como una parte constitutiva del patrimonio nacional” (p. 57).

Personalmente yo me quedé con la pregunta, si la liberación de la mujer fue fruto de la licuadora, como afirma doña Angela, qué instrumento o hecho ha sido el que ha fraguado la liberación del hombre o el cambio que al parecer este sector social está dando en nuestros días. Y quizás la respuesta

que la cultura, las costumbres sociales, los roles y estereotipos de ser hombre y ser mujer que han quedado grabados en la cinematografía mexicana de la época dorada, por poner un claro ejemplo, y por supuesto de relacionarse entre ellos, esto no hay que olvidarlo. Como también conviene percatarse que el discurso de la gente sí parece estar a la altura de las circunstancias y se adapta rápidamente a las exigencias del guión en cada situación dada, como se comprueba en estas páginas.

Y con la anécdota del payaso en la fiesta de Nezahualcóyotl que Gutmann utilizó para finalizar su encuesta

pueden hacer en el futuro. Hoy lo que se sabe y resulta más significativo culturalmente es que, en ese lugar, las identidades y relaciones de género se caracterizan por la inconsistencia, así como por la arrogancia, el idealismo, la manipulación, la discriminación, el oportunismo y siempre, siempre, por generosas dosis de sentido del humor. Las identidades masculinas en México están profundamente marcadas, no sólo por el nacionalismo, sino por la clase, la etnicidad, la generación y otros factores. Los machos mexicanos no están muertos, como no lo están sus contrapartes estadounidenses o



está en el libro cuando se afirma que las mujeres han sido las iniciadoras y catalizadoras del cambio —su ingreso al trabajo extradoméstico, la elevación de sus niveles educativos, la reducción de su natalidad, el movimiento feminista y los movimientos populares, y por qué no decirlo, la ruptura de mitos opresores, “hombre macho” y “mujer abnegada” —a lo cual colabora magníficamente esta obra.

En la sociedad, la población, los hombres y las mujeres cambian en la práctica a un ritmo algo más rápido

“¿Quién manda en casa?”, se puede concluir: “...el hecho mismo de que el poder y el control asociados al género constituyan motivo de bromas y pleitos y sean, además, una materia legítima para hacer conjeturas, atestiguan los cambios que, creo yo, han ocurrido y están por suceder en muchos hogares mexicanos” (p. 249).

El autor y la obra resumen su mensaje: “En la colonia popular de Santo Domingo, en la ciudad de México, no está claro qué es lo que puede significar ser macho ni lo que los hombres

rusos; sin embargo, se ha comprobado que cualquier afirmación que manifieste que la naturaleza de la masculinidad mexicana es uniforme, es decir, que existe un macho mexicano ubicuo, está equivocada” (p. 371).

La presente reseña viene titulada como el libro, con ánimos de claridad descriptiva en torno al contenido de la misma, sin embargo, bien hubiera podido titularse en tono más informal y jocoso: “¿Pos si no somos machos qué somos?”. *Un gringo creando problemas de identidad a los mexicanos.*

MANUEL CASTELLS, *La era de la información*

México, Siglo XXI Editores, 3 vols., 1999.

JUAN LUIS CEBRIÁN, *La red*

Taurus, Madrid, 1998.

JAVIER ECHEVERRÍA, *Los señores del aire: télépolis y el tercer entorno*

Destino, Barcelona, 1999.

Jorge Alonso

194 ◀

La discusión en torno a lo que ha sucedido a finales del siglo XX y lo que nos espera en el XXI ha tenido muchos abordajes. Elegí centrarme en tres posiciones: la de Manuel Castells en sus tres volúmenes de *La era de la información*; la de Juan Luis Cebrián en su libro *La red* y la de Javier Echeverría en su obra *Los señores del aire: télépolis y el tercer entorno*.

1. La era de la información

El catalán Castells plantea que una revolución tecnológica, centrada en torno a las tecnologías de la información, ha modificado las bases de la sociedad a un ritmo acelerado. Hay la incorporación de los segmentos valiosos de la economía de todo el mundo a un sistema interdependiente, que ha acen- tuado el ya viejo desarrollo desigual. Si bien se han liberado formidables fuer- zas productivas, los agujeros negros de

la miseria y las actividades delictivas de organizaciones mafiosas se han he- cho también globales. Se ha extendido la fragmentación social. Las nuevas tecnologías de la información han ido integrando al mundo en redes globa- les de instrumentalidad. Se entra a un mundo interdependiente. Hay un nuevo paradigma en donde la infor- mación es la materia prima. Hay una economía informacional y un acelera- do proceso de globalización. Se trata de una economía con la capacidad de funcionar como una unidad en el tiempo real a escala planetaria. Hay el desarrollo de una nueva lógica organi- zativa que está vinculado con el pro- ceso de cambio tecnológico. Se ha pasado de la producción en serie a la producción flexible, a nuevos métodos de gestión, al entrelazamiento de grandes empresas. De burocracias ver- ticales se va a ámbitos horizontales, a la gestión en equipo, a recompensas basadas en resultados. Las redes son el elemento fundamental de las nuevas organizaciones. Se amplían redes in- teractivas y las comunidades virtuales.

El espacio organiza al tiempo en la sociedad red. Espacio y tiempo, catego- rías fundamentales de la vida humana, han sido transformadas bajo la tecno- logía de la información. El espacio de flujos es una nueva lógica especial, que se opone al espacio de los lugares. El espacio de los flujos se convierte en la manifestación espacial dominante del poder. Se establece un modelo espacial diferente, caracterizado por su disper- sión y concentración simultáneas. A medida que la economía global se ex- pande e incorpora nuevos mercados, también organiza la producción de los servicios avanzados requeridos para gestionar las nuevas unidades que se unen al sistema y las condiciones de sus conexiones siempre cambiantes.

La ciudad global no es un lugar sino un proceso. Hay un nuevo espacio in- dustrial organizado en torno a flujos de información que reúnen y separan al mismo tiempo sus componentes te- rritoriales. Aumenta el trabajo a dis- tancia. Pero hay una selectividad social del espacio de los flujos. A medida que el tiempo se hace más flexible, la gente

circula entre los lugares con un patrón cada vez más móvil. Se va conformando la ciudad informacional. La nueva sociedad está basada en el conocimiento y organizada en torno a redes.

El espacio es el soporte material de las prácticas sociales que comparten el tiempo. Y todo soporte material conlleva siempre un significado simbólico. La sociedad se encuentra construida en torno a flujos de capital, información, tecnología, interrelaciones organizativas, imágenes, sonidos y símbolos. El

soporte material de los procesos dominantes es el conjunto de elementos que sostienen esos flujos y hacen materialmente posible su articulación en tiempo simultáneo. Hay una nueva forma espacial característica de las prácticas sociales que conforman la sociedad red: el espacio de los flujos.

Pero el espacio de los flujos no impregna todo el ámbito de la experiencia humana en la sociedad red. La gente vive en lugares y percibe su espacio en virtud de ellos.

Se da una oposición entre globalización e identidad. En la sociedad red para la mayoría de los actores sociales el sentido se organiza en torno a una identidad primaria que marca el resto de identidades. Todas las identidades son construcciones sociales. Las hay legitimadoras, de resistencia y de proyecto. La etnicidad se convierte en el cimiento de trincheras defensivas que se territorializan en comunidades locales.

Surgen movimientos sociales en contra del nuevo orden global, pues gran parte de las personas pierden el control sobre sus vidas, sus entornos, sus puestos de trabajo, sus economías, sus gobiernos y sus países. Pero estos movimientos se aprovechan de instrumentos de la nueva sociedad y propugnan modos de vida alternativos. Un ejemplo de esto es el movimiento neozapatista.

La capacidad instrumental del Estado-nación ha sido debilitada por la globalización. Los estados-nación continúan existiendo como nodos de una red de poder más amplia. Se ha dado además un progresivo desmantelamiento del estado de bienestar. Esto ha provocado inestabilidad laboral y extrema desigualdad social. Grandes sectores del planeta quedan desconectados del sistema dinámico globalizado. La política ha sufrido grandes cambios. Predomina la política del escándalo y el marketing político. Hay mayor manipulación simbólica. Sobreviene una gran crisis de la democracia en la era de la información. Una crisis de legitimidad ha ido vaciando de significado y función a las instituciones de la era industrial. El poder se



Sin título, Ricardo Ramírez Arriola



Los chimuelos (detalle), Jorge Acevedo

196 ◀

difunde en redes globales de riqueza, información. El nuevo poder reside en los códigos de información, en las imágenes de representación en torno a las cuales las sociedades organizan sus instituciones y la gente construye sus vidas y decide su conducta. Quien gana las mentes de la gente crece en poder.

En todo el planeta se ha construido una economía global, muy dinámica, entrelazando gentes y actividades variadas, y desconectando de las redes de poder y riqueza a pueblos y territorios carentes de importancia desde las perspectivas de los intereses dominantes. El espacio de los flujos domina el espacio de los lugares, y el tiempo atemporal al tiempo del reloj de la era industrial. Predomina un modo de desarrollo en el que la principal fuente de productividad es la capacidad cualitativa para optimizar la combinación y el uso de los factores de la producción basándose en el conocimiento y la información. El ascenso del informacionalismo lleva aparejado el aumento de la desigualdad y la exclusión en todo el mundo (aun en países centrales).

La nueva estructura social es la sociedad red. La nueva economía es la informacional-global. La nueva cultura es la virtualidad real. La lógica de redes interconectadas como formas autoexpansivas y dinámicas de la organización de la actividad humana invaden todos los ámbitos de la vida económica, social y cultural. Hay una transformación estructural de las relaciones de producción, de poder y de experiencia. Va apareciendo una nueva cultura. Se trata de una transformación multidimensional.

Se necesita una nueva política, pues proseguirá la globalidad selectiva que profundizará las diferencias. El siglo XXI se caracterizará por una perplejidad informada. Para mejorar la sociedad se requieren cambios y esperanza. No hay nada que no pueda ser cambiado por la acción social. Convertir a los medios de comunicación en mensajeros (pues se han convertido en el mensaje); los actores políticos deben reaccionar contra el cinismo. Se tiene que restaurar la democracia.

2. La red

No se puede gobernar de espaldas a la sociedad digital. Pero la revolución tecnológica no ha llegado a todos por igual. Hay interactividad, pero también caos. Aunque haya interactividad de la red, no se evita una actitud pasiva, receptiva, casi hipnótica de muchos usuarios. En la red, además, hay jerarquías, aunque no sean fácilmente identificables, las cuales ejercen su influencia y pueden gobernar el flujo de información que por ella discurre. Se trata de un poder. Internet es una red abierta; pero los sistemas de transmisión (satélites y cables), los de acceso (servidores) y los de navegación en la web tienen dueño. Las compañías punteras del sector amenazan con convertirse de hecho en un auténtico monopolio. Esas empresas suplantarán funciones tradicionales de la gobernanza política. Y esas compañías no tienen más interés que la ganancia y no velan por intereses generales. Así se impondrán nuevos modelos muy injustos de convivencia. Se ha ido

creando una ideología en trono al ciberespacio que es excluyente de todo aquello que no cabe en su mundo. Se mantiene una ilusión de democracia universal y participante gracias a la extensión creciente de redes. Pero no hay que perder de vista la capacidad financiera casi ilimitada y las estrategias sobre territorios y actividades.

Hay los ciudadanos enchufados y los desenchufados. La exclusión es más pavorosa para los más pobres de la Tierra, que son los más. Se pierde el respeto a las minorías. Si bien las redes están abiertas a quienes proponen alternativas, también a poderosas mafias y bandas criminales internacionales. Las redes son muy vulnerables. Los rastros que se dejan en los servidores de acceso son absolutos. Se puede llegar a una especie de convivencia siempre vigilada: controles de trabajo, en las escuelas, en las familias. Se ha dado transferencia de poder estatal a las grandes compañías.

No se debe olvidar que el consumidor no es necesariamente un ciudadano (como a veces se quiere hacer aparecer). No tiene el sentimiento de pertenencia a una comunidad, ni adquiere responsabilidad por sus actos. No se mueve por motivos altruistas o de solidaridad.

Hay una gran sociedad dual: la de los poderosos y la de los desposeídos. El poder se ha ido desplazando hacia grandes empresas, sin representación democrática. La convergencia de tecnologías a escala planetaria cada vez más poderosas decidirán sobre un mayor número de cuestiones y personas. La concentración del poder a escala multinacional en unas cuantas

manos que poseen dinero, tecnología y los contenidos de los medios de comunicación, información y entretenimiento configuran un verdadero nuevo orden internacional. Se hacen mayores las diferencias entre los países pobres y los desarrollados. Unos son los amos y otros las víctimas.

Otro hecho que destacan tanto Cebrían como Castells es la obsolescencia de los sistemas educativos tradicionales.

El futuro del empleo presenta perfiles precarios. Se transformará la manera de trabajar de mucha gente. Se tenderá a una deslocalización de centros de producción, se utilizará el hogar como oficina, los horarios serán flexibles.

La sociedad global de la información hunde sus raíces en la cultura de la imagen. Ésta se encuentra ligada al espectáculo. Por ahí transitan la economía, la política y la religión.

Hay una paradoja: junto a la concepción planetaria y global, se multiplicarán individualismos y localismo. Más información no implica que la gente esté mejor informada.

El mundo virtual e imaginario aparta de las relaciones con los más próximos. Persiste la urgencia de mantener el pluralismo y la diversidad dentro de la cultura planetaria. Hay que impulsar el diálogo entre las culturas y resistir a la homogenización. Hay que lograr una diversidad convergente. Necesidad de formar ciudadanos.

3. El tercer entorno

Los cambios actuales afectan hasta la vida cotidiana. Parecería que viviéramos

en un espacio común. Actualmente se puede ver y oír lo que pasa en cada parte del mundo (aunque sólo lo que nos quieran mostrar, no lo que pretendan ocultar o no importe a los intereses dominantes, lo cual no implica que no suceda).

Echeverría, afinando aportes anteriores, propone un método de análisis con una serie de contraposiciones. La clave es una nueva metáfora: el tercer entorno. El primero sería el natural y físico, el segundo el de la construcción de las relaciones urbanas, y el tercero tiene que ver con las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones que han propiciado la emergencia de un nuevo espacio social que engloba todo el planeta. Dicho entorno puede ser pensado en ámbitos desde casas, hospitales, empresas, ciudades (tele casas, tele escuelas, etcétera) Su característica es la posibilidad de relacionarse e interactuar a distancia. Tiene que ver con la televoz, el telefonido, la tele visión el tele dinero, etcétera. Las diversas actividades humanas se están adaptando a este nuevo espacio social. Las redes telemáticas son algo más que un medio de comunicación, porque permiten actuar en un entorno y no sólo informarse. Este entorno, integrador de actividades y conflicto de todo tipo, habría que pensarlo en términos de ciudad: telépolis. Echeverría prefiere una metodología pluralista, frente a posiciones reduccionistas.

Este autor enlista las posiciones de diversos autores en torno a esto y marca las diferencias de su propuesta. Es enfático en sentenciar que la estructura del tercer entorno no permite un

optimismo sobre el nivel de democratización de este nuevo espacio social.

La topología de este entorno es reticular. Posee una base material, pero su funcionamiento no depende tanto de los movimientos de cuerpos materiales cuanto de la transmisión de una entidad más abstracta: la información. Pero no puede reducirse a lo informacional.

Una primera contraposición con Castells es que Echeverría ve este entorno no como sincrónico sino como multicrónico. Difiere también en cuanto a que el espacio de los flujos no sólo tiene que ver con lo económico, político y cultural, sino también con la vida cotidiana. Recalca la interdependencia. Además de Internet hay otras redes telemáticas con importancia estratégica, económica y financiera. Mientras en los otros dos espacios predomina la reunión, aquí impera la interconexión. La importancia que el autor le da a las peculiaridades topológicas y métricas marcan otra diferencia con Castells. Así se enfatiza que la simultaneidad no es la condición necesaria para la existencia de espacios sociales ni de prácticas sociales conjuntas. La tradición y la historia definen espacios sociales más allá de la simultaneidad de las prácticas sociales. La acción estratégica no requiere simultaneidad. Echeverría también remarca sus diferencias con Castells en cuanto a la concepción de espacio y tiempo. Mientras éste último planteó que el espacio era tiempo catalizado, el autor no acepta que se subsuma la noción de espacio en tiempo. Las propiedades espaciales (topológicas, métricas) no son reducibles a propiedades temporales.

Frente al dicho de que en el espacio informacional los lugares pierden relevancia, se hace ver que eso no concuerda con los sitios que hay en internet. Una cosa es ver la interdependencia de las redes, y otra que las redes locales queden absorbidas por las redes globales. Se destaca que la imaginada ciberlibertad está controlada por los señores del aire, y puede desaparecer en cualquier momento. Hay una estructura de poder más parecida a la de los señores feudales.

La interdependencia no es igualitaria. La relación usuario proveedor es asimétrica. Habría que buscar formas para atemperar el poder de los teleseñores. Habría que luchar contra la tele servidumbre.

Hay una pluralidad de identidades digitales. Pensar en una democracia como la que tenemos en el segundo entorno, en el tercero tiene muchas dificultades. Sería muy fácil la manipulación del voto. Un usuario no es necesariamente un voto, porque tiene muchas identidades informacionales. Se podría avanzar en la democratización de las redes y en ganar espacios de decisión en ellas; pero no se podrían elegir representantes políticos con base en criterios igualitarios. Se podría crear un canal telemático dedicado a la política participativa; pero el problema de las circunscripciones persistiría, porque en el tercer entorno no hay una ligazón con el lugar de residencia. Habría maneras de lograrlo, pero las dificultades para garantizar elecciones libres y confiables en el tercer entorno son enormes. Se podrían idear mecanismos electrónicos para el segundo entorno.

Es importante resaltar que el funcionamiento del tercer entorno depende del buen funcionamiento de los otros dos, que no desaparecen. Todas las acciones que se llevan a cabo en el tercero son suscitadas directa o indirectamente por personas físicas o jurídicas. Hay interrelación entre los entornos. Durante el siglo XXI los seres humanos se verán confrontados con los tres entornos.

Lo que se tiene que hacer es democratizar, civilizar el tercer entorno y humanizarlo. Quienes dominan las redes telefónicas, televisivas, informáticas y de dinero electrónico han encontrado un nuevo espacio de poder, distinto al dominio de los territorios. (Pero vendrá la guerra por recursos energéticos, y por el agua.) Hay que buscar las formas de hacer el tercer entorno accesible a todos, interactivo, plural y justo.

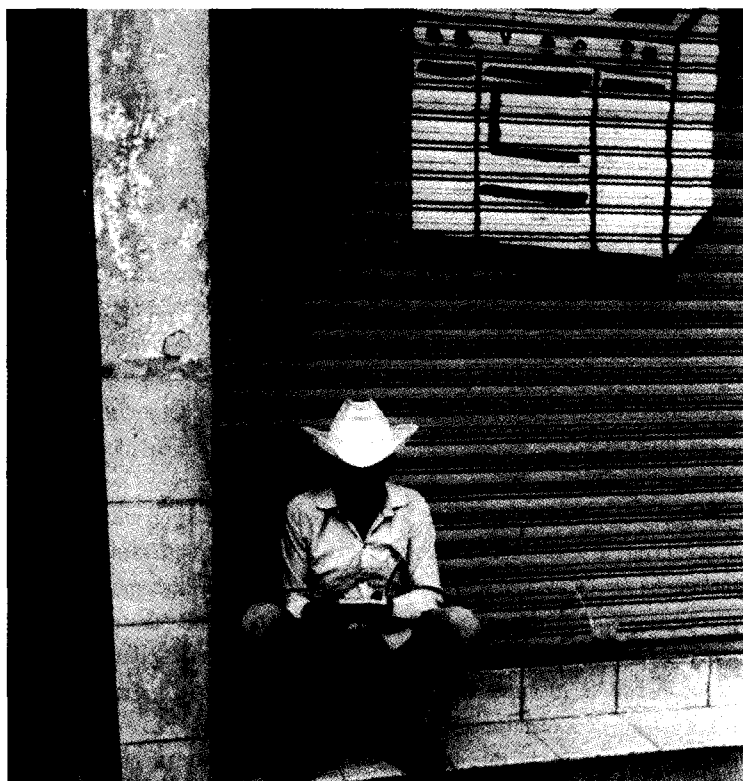
El trabajo de Castells es fruto de muchos años de investigación. Giddens consideró que se trataba de una obra equivalente a *Economía y sociedad* de Max Weber. Yo me atrevería a decir que hay que verla como las pinturas expresionistas. Lo que importa es la presentación y problematización del conjunto de los hechos valorados por este autor. Si uno se acerca a determinados elementos, como en los cuadros de la corriente aludida, se pierden muchos contornos. En el libro hay cuestiones puntuales que son imprecisas y, a veces, hasta distorsionadas. Por ejemplo, se puede ver esto en el tratamiento del zapatismo. No obstante, el valor de la obra de Castells se encuentra en la visión de conjunto. Se trata de una obra abierta al diálogo

y al debate. Vale la pena leer los tres tomos para establecer la discusión. Cebrián es un periodista, director de *El País*. Su libro es una obra de divulgación. Pero también es fruto de una investigación que le encargó el Club de Roma. Destaca cómo la nueva cultura digital trastoca las relaciones económicas, políticas y sociales. Re-

hacer avanzar la discusión sobre nuestro mundo moderno y, sobre todo, plantearse cómo impedir que lo nocivo se convierta en un determinismo del futuro. Finalmente habría que hacer algunos señalamientos en torno a Echeverría. A su libro, el Ministerio de Cultura de España le dio en el año 2000 el Premio Nacional de Ensayo.

errores. También se le ha criticado el que se trate de ordenar el caos de lo nuevo de la manera como se hace en el segundo entorno, cuando habría que ser más imaginativo para diseñar un mundo más humanizado. No obstante, se trata de una obra muy sugerente, que aporta nuevos elementos para el análisis y para la discusión.

Estos tres acercamientos a los cambios actuales destacan que la educación como se ha venido impartiendo está en grave crisis. En un mundo con cambios tan rápidos y radicales la enseñanza de sólo contenidos queda obsoleta en poco tiempo. Lo que se tiene que buscar no es tanto la búsqueda de nuevos instrumentos (cosa que hay que aprovechar, por supuesto), sino enseñar a pensar a los alumnos, para que estén capacitados a recambiar lo aprendido en un momento y apropiarse de lo nuevo. Otra cuestión relevante es lo concerniente a las redes. La tradición antropológica ha utilizado estos conceptos para los análisis concernientes al primer entorno (parentesco, afinidad, etcétera), al segundo entorno (composición de grupos sociales más amplios y aun de movimientos sociales), y tiene el reto de analizar el tercero (la capacidad para saber descubrir las redes y sus cambios). Otro de los problemas fundamentales tiene que ver con la democracia y el poder. La antropología, a través de análisis concretos que puedan llegar a síntesis mayores, se encuentra ante el reto de saber entender y contribuir a construir un mundo humanizado.



Esperando la cena (detalle), Jorge Acevedo

calca lo que le pasa a la gente común, que se encuentra ya inmersa en la sociedad digital. Se le puede criticar que sus énfasis son muy negativos y que no estudia los elementos positivos del fenómeno. Pero precisamente, al poner el dedo en los problemas, permite

Este autor indaga cómo debería ser la organización social en el tercer entorno. Se le ha discutido que privilegie el símil de la ciudad para la organización de las informaciones y las interacciones, siendo que las estructuras urbanas se prestan a tantos problemas y

DON KULICK Y MARGARET WILSON (eds.)

Tabú. Sexo, identidad y subjetividad erótica en la antropología

Routledge, Londres y Nueva York, 1995.

Diana Reartes y Elena Castañeda

200 ◀

*T*abú o la vida sexual de los antropólogos, como también podría llamarse parafraseando la obra de Malinowski, puede ser considerado un ensayo transgresor al abordar la subjetividad erótica del etnógrafo en el trabajo de campo y considerar los múltiples roles que la misma juega en la producción del conocimiento antropológico.

A partir de su propia experiencia así como de conversaciones mantenidas con otros colegas, los editores Don Kulick y Margaret Willson llegaron a la conclusión de que la subjetividad erótica de los etnógrafos podía constituirse en un dispositivo para cuestionar supuestos epistémicos, teóricos y metodológicos de nuestra disciplina tales como la validez y significado de la dicotomía nosotros-otros o las jerarquías sobre las que se construye el trabajo antropológico.

A pesar de las dificultades reconocidas por los compiladores para

conseguir las contribuciones debido a la negativa a discutir públicamente acerca de la propia sexualidad como si ésta fuera algo inadecuado, el proyecto editorial pudo concretarse y el libro abarca un amplio espectro de experiencias y relaciones en lugares tan disímiles como Grecia, Indonesia, Corea, Bruselas, Tonga, Etiopía o St. Vicent.

Es importante señalar que al tener en cuenta que lo sexual en una cultura presenta tal variabilidad no sólo a su interior sino entre los diferentes grupos que la conforman y aún entre los sujetos, los editores no impusieron una definición de sexualidad o sexo a los autores, por lo que los diferentes capítulos cubren una amplitud de temas y aspectos de la subjetividad erótica y la sexualidad, abarcando relaciones heterosexuales como homosexuales así como encuentros atravesados por lo placentero y otros en los que prevalece el peligro, la violencia y la represión.

Los autores de los artículos —en su mayoría mujeres— que conforman el

texto demuestran cómo las experiencias sexuales del antropólogo pueden constituir un punto de vista ventajoso desde el cual reflexionar acerca de un conjunto de premisas centrales de la disciplina, tales como la naturaleza del trabajo de campo, el papel de la subjetividad en la comprensión reflexiva y la validación y el significado de la dicotomía yo-el otro.

Posiblemente las preguntas centrales que animan la obra sean: ¿por qué los antropólogos evitaron las relaciones románticas y sexuales en el campo?, o si las tuvieron, ¿por qué las ocultaron, no hablaron o escribieron acerca de ellas?, ¿es ético mantener vínculos erótico-sexuales con nuestros informantes? Las preguntas aluden a una especie de regla no escrita y no cuestionada que expresa la prohibición de no involucrarse sexualmente con los miembros de la comunidad que se estudia, ya que esto es considerado impropio y éticamente incorrecto.

Si la antropología desde sus inicios tuvo como preocupación la sexualidad de los nativos, interesándose por

estudiar las relaciones de parentesco, la promiscuidad, el incesto o la monogamia, ¿por qué olvidó o negó la sexualidad de los propios antropólogos? En la introducción, Don Kulick considera que la principal razón de esta reticencia ha sido la forma en que la antropología fue constituida como ciencia objetiva dedicada al análisis de las costumbres de los otros, por lo que la biografía y la posición del investigador no se constituyeron en objeto de reflexión. De ahí que podamos decir

evidenciando su parcialidad al dar cuenta de cómo todo conocimiento antropológico se encuentra posicionado también genérica y sexualmente.

En este sentido, para varios autores el silencio disciplinar acerca del deseo en el campo es una forma en que los antropólogos pueden eludir asuntos tales como la jerarquía, la explotación y el racismo. Para otros, en cambio, el vínculo erótico-sexual entre antropólogo y nativo, en ocasiones, no disuelve la diferencia y contrariamente,

negación del involucramiento con los mismos, lleva implícito su estatus subordinado y la perpetuación de un discurso colonialista.

Las condiciones históricas, políticas y económicas que han y continúan posibilitando que los antropólogos realicen trabajo de campo en determinados países y comunidades y con ciertos grupos humanos, son el resultado de historias de colonización y explotación por lo que este hecho no puede ser eludido cuando se analizan las relaciones eróticas entre antropólogos e informantes.

Otra de las razones de la ausencia de una reflexión sobre las experiencias eróticas de los antropólogos fue el desdén que la disciplina ejerció hacia las narrativas personales, y otra no menos importante es la fuerza de la presencia de la dicotomía intelecto / emoción, que supuestamente distingue a la ciencia de otras formas de conocimiento y que permanece en la base de la epistemología antropológica.

Desde esta perspectiva, las emociones son secundarias en la construcción teórica. Sin embargo, como es señalado por Gearing (p. 211), en el trabajo de campo como en toda nuestra vida, las sensaciones, las emociones y el intelecto operan simultáneamente en la estructuración e interpretación de nuestra experiencia de mundo, por lo que es indispensable transformar el modelo de observador participante desapasionado en un actor comprometido emocionalmente con los sujetos con los que trabaja.

Los ocho capítulos que conforman el libro —cada uno fue escrito por un autor diferente—, pueden agruparse a

que el conjunto de los artículos de *Tabú* posibilita el cuestionamiento de algunos mitos de la disciplina antropológica como el de la objetividad, la imparcialidad o la neutralidad, a partir del reconocimiento de las condiciones históricas, culturales y políticas que posibilitan, en primer lugar, el encuentro con el otro y en segundo lugar, estructuran y limitan la interacción.

Reflexionar sobre el deseo sexual en el campo puede hacer tambalear la relación investigador-investigado al borrar la línea entre rol profesional y rol personal así como las bases y la producción del conocimiento antropológico y, lo que es más importante,

ilumina las desigualdades en términos de raza, estatus socioeconómico, educación y posición en la jerarquía social.

El silencio acerca de la subjetividad erótica de los antropólogos también ayudó a ocultar o disimular las condiciones colonialistas que hicieron posible la continuidad del discurso unidireccional acerca de la sexualidad del otro, manteniendo el comportamiento sexual de los nativos como el punto irreconciliable de diferencia entre nosotros y ellos.

El predominio en la antropología del énfasis en la distancia y las diferencias que nos distinguen de los sujetos a los que estudiamos tanto como la

partir de la reflexión que estos antropólogos realizaron sobre su propia experiencia. Así, los trabajos de Killick (capítulo 3) y Altork (capítulo 4) exploran el poder estructural que el imaginario sexualizado de los antropólogos implícitamente otorga a las nociones de campo y etnógrafo. Ambos autores, al escribir acerca del “sexo en campo”, literalmente refieren a la relación de la sexualidad en el campo, no obstante, cada uno asume una posición distinta. Killick —varón heterosexual— problematiza la ampliamente aceptada construcción de un sujeto masculino, heterosexual, que tiene la posición de control, respecto de la representación del campo como femenino. Altork —mujer heterosexual— se representa el campo como andrógino, y reflexiona sobre la necesidad de cambiar la relación y los roles de género, permitiendo así la posibilidad de realizar una práctica de campo más “sensual” y “sensorial”. Mientras que para Altork se trata de permitir que la experiencia del campo penetre en el antropólogo, la propuesta de Killick refiere a la penetración del antropólogo en el campo. El posicionamiento de estos autores tanto “del” como “dentro” del campo tiene dos niveles: uno personal y otro metafórico, que se influyen mutuamente. Tales posiciones indudablemente conducen a reflexionar acerca del papel que juegan las imágenes metafóricas en el mantenimiento de las relaciones jerárquicas entre la empresa antropológica y el mundo del cual derivan su saber, así como la manera en que estas imágenes influyen el tipo de información que los etnógrafos consideran de valor en términos de interés antropológico.

Blackwood y Bolton, ambos de orientación homosexual, imaginan el campo desde perspectivas distintas. La perspectiva de Blackwood (capítulo 2), es la de un campo que excluye o incluye su identidad lesbiana; en tanto se siente marginada del mundo heterosexual en general, no acepta las divisiones metafóricas de una antropología heterossexualmente estructurada. Para Bolton (capítulo 5), en cambio, el campo es un campo gay que imagina interactivo consigo como etnógrafo, lo que no obsta para que discuta si es ético utilizar los encuentros sexuales privados como información antropológica. Ambas posiciones redundarán, indudablemente, en el tipo de información que cada uno como etnógrafo recoge y el tipo de análisis que produce a partir de ésta. Estas diferentes perspectivas ilustran la razón por la que la etnografía no puede ser definitiva, pues cada texto corresponde a la perspectiva de un antropólogo, en un espacio específico, en un momento particular del tiempo y en su singularidad. Los trabajos de Altork, Blackwood, Bolton y Killick revelan explícitamente que, mientras que los conceptos y relaciones entre el campo y el etnógrafo usualmente tienen una expresión metafórica permeada por el género masculino o femenino, la apreciación del campo como un campo sexualizado supone una complejidad mayor, con muchas más aristas.

Los autores del otro conjunto de trabajos, reflexionan en torno a la manera como el campo y la gente que lo habita los afectó como sujetos sexuales, de ahí que se ven obligados a confrontar temas no incluidos en los discursos antropológicos en torno al

trabajo de campo. Estos temas se relacionan con la posición sexual del etnógrafo dentro del campo más que la sexualización del campo en sí misma. El tema central del trabajo de Dubisch (capítulo 1) son “sus reacciones a ser una mujer extranjera en Grecia”, lo que la lleva a reflexionar acerca de la antropóloga en dos posibles vertientes: como actor sexual y como objeto sexual en ese contexto; un aspecto importante de este trabajo es el delicado balance resultante de la relación entre “el que sabe” y “el que es investigado”. A partir de una sorpresiva visita que uno de sus informantes le hiciera, Dubisch reconoce la sutil jerarquía que se había establecido entre ellos.

Gearing (capítulo 7) da cuenta de la violencia sexual presente en las relaciones heterossexuales en St. Vincent y analiza las implicaciones de su matrimonio con su principal informante en el curso de su trabajo de campo. Explora, también, cómo estos aspectos influyeron la información relevada en su trabajo sobre el género y la sexualidad. Su deseo es que las revelaciones que hace en torno a esta experiencia ayuden a iluminar las estructuras patriarcales que operan tanto en la vida profesional de las antropólogas como en los lugares en donde hacen su trabajo. El trabajo de Morton (capítulo 6) pone el énfasis en la manera en que ella, como sujeto sexualizado, tenía que negociar continuamente su posición: como antropóloga, como madre, como esposa y como mujer extranjera deseable, en Tonga. Moreno, por su parte, describe cómo fue violada a mano armada en Etiopía, por quien era su asistente de campo (capítulo 8).

Para Morton, Gearing y Dubisch, en sus encuentros en el campo prevalecía el estereotipo de la mujer occidental como deseable y promiscua; que esto sea así, está en estrecha relación con el hecho de que las mujeres que no pertenecen al grupo no pueden ser controladas por las normas de la sociedad dominante y por lo tanto, son clasificadas como "fáciles" porque son verdaderamente independientes, y porque no son controladas por el orden social masculino. En una cultura diferente a la propia una mujer puede moverse fuera de sus reglas, puede usar su situación marginal como una vía de rechazo a los estándares culturales; se encuentra en posición de elegir qué normas quiere satisfacer y cuáles ignorar, dependiendo de cuán "respetable" o "desviada" de la sociedad mayor quiere estar. Es lo que Morton relata de su experiencia en Tonga.

La violencia, tanto física como emocional, es un aspecto relevante de la experiencia de campo de Gearing, Morton y Moreno; sus trabajos ponen de manifiesto la existencia del acoso e incluso la agresión sexual en el campo, aspectos que nunca aparecen mencionados en los manuales de campo, incluso en los publicados más recientemente. Mientras que dentro de la comunidad antropológica sí se discute el acoso sexual en ámbitos académicos, la violencia sexual en el campo es un tópico tabú, aún más que el propio sexo.

En los encuentros y relaciones que el antropólogo establece en el campo, no actúa como un agente aislado; tales relaciones involucran por lo menos dos puntos de vista: el del etnógrafo y el de los sujetos que habitan el área de



investigación. Esta percepción dual afecta la manera en que el antropólogo trata o se ve forzado a negociar la reconstrucción de su género y su sexualidad. Estas imágenes, a su vez, son resultado del tipo de interacciones que han tenido lugar previamente entre los lugareños y los que llegan.

Tabú constituye, sin lugar a dudas, una propuesta ética y política en la que los investigadores, asumiéndose como "sujetos ubicados", reflexionan sobre su papel y relación con los actores sociales, resaltando la dimensión dialógica de la experiencia etnográfica. Sus reflexiones evocan los planteamientos de autores como Rosaldo (1991) o Clifford (1995), quienes distanciándose y asumiendo una posición crítica respecto de la composición etnográfica clásica, postulan la redefinición de las modalidades en que la práctica del trabajo de campo queda plasmada en las monografías etnográficas, rescatando el lugar del investigador y su propia experiencia. En contra de la figura del etnógrafo-observador

distanciado de sus observados, cuya indiferencia proporcionó a los antropólogos una apariencia de inocencia, invisibilidad y complicidad con el imperialismo de los países centrales, Rosaldo, entre otros, aboga por un etnógrafo "culturalmente visible" en las escrituras etnográficas que evidencien su posición dentro de la interacción social.

Dos son los motivos por los que pensamos que reseñar *Tabú* valía la pena a pesar del tiempo transcurrido desde su publicación: el primero es la escasa circulación que ha tenido la obra en la comunidad antropológica mexicana; el segundo, el auge en los últimos años de los estudios sobre sexualidad generados desde las distintas disciplinas sociales. Su lectura es por ello relevante no sólo para los antropólogos, sino para todos aquellos que desarrollan trabajo de campo.

Si la reflexión acerca de cómo el género afecta tanto el establecimiento de las relaciones sociales con los informantes así como la producción misma de los datos posibilitó un fructífero debate respecto del sexismo imperante en la sociología como en la antropología, esperamos que el desenmascaramiento de la sexualidad de los antropólogos en el campo tenga un efecto similar y anime a los colegas a escribir y discutir sobre ello.

Bibliografía

- Clifford, James, 1995, *Dilemas de la cultura*, Gedisa, Barcelona.
 Rosaldo, Renato, 1991, *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo, México.